
INTRODUCCIÓN

ES PROPIEDAD

Librería
E. van der Veken
Luxemburgo

I. P. 2497

Veinte siglos hace que la tierra estaba dominada por los tiranos; es decir por los reyes y los sacerdotes, que sirviéndose de diferentes religiones que ellos practicaban, subyugaban las naciones y las sangraban. Jesucristo todavía no había traído al mundo los divinos preceptos que debían regenerarlo. No había muerto en la cruz para dar la libertad en la tierra. El Evangelio no existía.

Desde esta época el cristianismo ha sido enseñado á todos.

No contentos con haber legados á las naciones la doctrina de su divino maestro, los apóstoles y los discípulos de Jesucristo han muerto por defenderla.

Durante los primeros siglos del cristianismo, los pontífices y los sacerdotes cristianos han marchado por la senda que les habían trazado los apóstoles; como ellos, han proclamado la fé cristiana bajo el acha del verdugo y la sangre de los martires ha producidos sus frutos.

La mitad del mundo abrazó el cristianismo; Roma la idólatra llegó á ser cristiana; pero á estos tiempos tan gloriosos para la especie humana, sucedieron muy luego siglos de iniquidad.

Mientras que duró la persecución, los pontífices y los sacerdotes cristianos fueron humildes y fuertes;

acabada la persecución, los papas, hasta entonces tan pobres, se hicieron ricos y poderosos. Los que antes se veían obligados á vivir sin asilo, á predicar en las montañas, y celebrar el oficio divino en las aperturas de las rocas, tuvieron un reino temporal, templos magníficos y una corte más brillante que la corte de los reyes. La cruz ya no les fué un arma suficiente para combatir el error y someter los pueblos á la fé de Jesucristo. Tuvieron ejércitos como los reyes de la tierra, combatieron con las espadas á los que era preciso persuadir con la dulzura.

De martires se convirtieron en verdugos.

Desde entonces el espíritu de Dios los abandonó, el orgullo y la ambición invadieron el alma de los sacerdotes del Señor; no fueron ya humildes ministros de un Dios crucificado, sino los viles cortesanos del papa: ;Roma no fué la ciudad santa, sino la ciudad de la orgía... ¡un bordello, según la enérgica expresión del Dante! (1)

En poco tiempo, Roma cristiana era más pagana que lo había sido en tiempo de Neron y de Calígula: no fué ya la capital del mundo cristiano, sino un lupanar inmundo en que los levitas del Señor profanaban todos los días sus vestiduras sagradas.

El palacio de los papas se trasformó en el palacio de la prostitución y una guarida de truhanes. Los cardenales y los obispos, esos sucesores de los pescadores de Judea, transformados en príncipes de la tierra, no se prosternaron ya en el polvo de los templos, humillándose y rogando por sus ovejas; sino que en esos templos, tuvieron tronos en donde se les incensó como á dioses, en donde se embriagaron con perfumes y armonías, en donde se mostraba la pompa fastuosa y fascinadora de las ceremonias de un culto que Cristo habría desconocido si volviese otra vez á la tierra.

Así es como, por muchos siglos, el clero romano, olvidando el cielo con los placeres mundanos, se hizo adorar en lugar del Dios vivo; y como el Evan-

(1)

Ahi serva Italia, di dolore ostello,
Nave senza nocchiero in gran tempesta,
Non donna di provincie, ma bordello!

gelio condenaba su conducta, prohibió al pueblo la lectura del Evangelio. (1)

Durante este tiempo, los pueblos marchaban silenciosos hacia el porvenir; la España civilizada por los moros, cultivaba con suceso las artes y la industria; las letras renacían en Italia, Alemania preludiaba la reforma; y la Inglaterra se conmovía ya con entusiasmo con los primeros vagidos de la libertad naciente.

Roma salió al fin de su letargo, al impulso que los pueblos hacían para romper sus cadenas; vió que el poder se le escapaba. Entonces, en lugar de prosternarse de rodillas y pedir perdón á Dios de un pasado lleno de iniquidades, ¿qué hizo el jefe de la iglesia, el sucesor de san Pedro?... crear la inquisición.

A partir de este día, el clero católico, seguro de reinar con el terror y con la fuerza, desdeñó el engañar á los hombres, tan largo tiempo juguetes de su hipocresía, y fué su azote. Desde entonces, él luchó abiertamente contra el progreso de las luces. Gracias á sus cuidados, la inquisición sobrepujó con mucho las esperanzas de Roma y dió al poder temporal de los papas una extensión de la cual no se podría hoy formar más que una débil idea.

La inquisición, desde mucho tiempo antes preparada por los rigores, que desde el tercero siglo de la era cristiana, los papas habían ejercido contra los pueblos, preparada también por el concilio de Verona en 1184, la inquisición data solo desde principios del decimotercio siglo (1208). Fué establecida en Francia bajo el pontificado de Inocencio III y regularizada por Domingo de Guzman, que impuso á esta institución la regla de san Agustín. Algunos años más tarde, la inquisición había pasado los Alpes y reinaba por toda la Italia. En fin, en 1232, Gregorio IX dirigía al arzobispo de Terragona, en Cataluña, un breve por el cual le prevenía que estableciese la inquisición en su diócesis. Los frailes

(1) Gregorio IX hizo decretar por muchos concilios que ningún secular pudiese leer los libros santos en lengua vulgar bajo pena de excomunion y ser perseguido por la inquisición como herético. La bula que lo prohibía se publicó en España en 1231.

dominicos fueron revestidos del cargo de inquisidores; bien pronto toda la España sufrió este yugo odioso. Sin embargo, los españoles han luchado sin descansar por dos siglos contra los progresos de esta horrible institución y su predominio. Mas en 1484, un prior fanático, Tomás de Torquemada, secundando la avarienta ambición de Fernando de Aragon, introdujo la inquisición en Castilla y en Aragon, en donde todavía no habia penetrado, y se lizo nombrar grande inquisidor general. En Torquemada es en quien empieza esa larga serie de persecuciones desconocidas que no han cesado en España hasta la llegada de los franceses en 1808; entonces fué cuando verdaderamente pereció la inquisición con la fuerza moral de la iglesia española, después de haber aniquilado la España por más de tres siglos de agonía.

En este largo y sangriento periodo, el décimo siglo es el que ofrece los cuadros más ricos de oposición y de contrastes á las observaciones del historiador.

Este siglo, que ha visto los reinados de Carlos V y Felipe II, ha asistido al final del de Torquemada, y á los de los inquisidores generales Deza y Cisneros; este siglo, en fin, á sido testigo de las luchas del verdadero espíritu cristiano contra el oscurantismo y la simonía de Roma.

De una parte, estaban Lutero, Melancton y Zwingli denunciando al mundo los abusos de la iglesia romana, confundiendo la teología embrollada de los frailes, dotando la Alemania y la Suiza con ese vasto código de igualdad y de libertad que comienza al pié del altar y se detiene en las gradas del trono. De la otra, san Juan de Avila, Luis de Granada, san Juan de Dios, menos audaces en sus doctrinas, pero animados tambien del verdadero espíritu de los apóstoles, luchando con la dulzura y la caridad contra la intolerancia y los vicios de Roma y persiguídos por la inquisición, á pesar de su dulzura evangélica y no piadosa moderación.

En fin, ese gran Carlos V, protegiendo la inquisición que él detesta, para apoyarse en ella, porque comprende, el diestro político, que la reforma que mina al poder del papa no se detendrá más que después de haber destruido el poder de los reyes éspotas.

Al leer la historia de la inquisición, sobre todo la del décimo siglo, se obtiene este convencimiento; que el grande arte de Roma es saber siempre ligar la causa de los reyes á la suya, y cuando no puede reinar con la fuerza, reinar con la astucia y el proselitismo.

Una palabra sola nos queda que añadir: Roma no ha variado de espíritu; siempre tiene numerosos agentes que, por imperceptibles ramificaciones, extiende por el mundo como una vasta red: no tiene ya inquisidores, tiene jesuitas.

El siglo marcha, nos dicen: cuidado con ello: la pendiente retrógada se hará resvaladiza y fácil si se concede al clero lo que pide, el monopolio de la instrucción.

Dejéase crecer y formar una ó dos generaciones en manos de los discípulos de Loyola, veremos lo que serán luego las luces, lo que llega á ser la felicidad y la libertad de las naciones. Los males de lo pasado deben hacernos aprender para el porvenir. Que se lea lo pasado de la inquisición, presentado bajo colores tan verdaderos y tan dramáticos por M. V. de Fereal, en los Misterios de la Inquisición de España, se verá cuan insensiblemente viene á ser terrible y formidable un poder oculto que no trabaja en favor del género humano, sino en beneficio de una cosa.

Esta obra, rigurosamente histórica á pesar de su forma dramática, será acaso el objeto de muchos ataques y dará lugar á más de una calumnia, contra ella, contra el autor, y contra nosotros, que la hemos anotado. Finalmente es la opinión de un hombre que, injustamente calumniado el mismo, conoce á fondo los enemigos de la causa que el autor defiende: se comprende ya que queremos hablar del señor E. Quinet.

He aquí lo que responde el ilustre escritor á la súplica que le hemos hecho de que apoyase al autor con su nombre, rehusando el honor que le pediamos:

« Vos que sois hombre honrado y extranjero, pensais siempre que el público sabrá la verdad; mas no: se le engañará. No dudo del talento y la elevación del autor de los *Misterios de la inquisición*; pero basta que la

imaginación entre por algo en este libro, que sea en una palabra una novela, para ser seguro que si mi nombre apareciese en este libro, fuese al momento calumniado. Yo os había hecho un favor insignificante y había causado un golpe terrible á mi causa; cada personaje, lo más inocente, sería metamorfoseado, vilipendiado, cambiado, emponzoñado; el público no iría á informarse de la verdad: vería solamente levantarse contra mí una masa de mentiras á las cuales me sería imposible contestar; porque seguramente, con adversarios tan infames como los míos, no puedo cerrarles la boca sino por la historia creída, sin adornos ni fusión del arte.

« Cuando me habeis pedido por la primera vez, que mi nombre figurase al frente de esta obra, se trataba de un trabajo puramente histórico; luego vuestra idea se ha desarrollado y habeis llegado á una forma más completa y más popular. Pero si desde el principio me hubieseis dicho: ¿Quereis apoyar con vuestro nombre una hermosa novela histórica sobre la inquisición? yo os hubiera respondido, y eso me habrá destrozado el corazón: ¿Quereis de mí una cosa imposible que no haría por mi hermano, ni por mi hijo!.... »

Más adelante continúa:

« Si se viese mi nombre odioso al frente de un libro, haría á mis principios y á mi causa responsables de todas las calumnias que se promoviesen. De vuestros personajes se harían monstruos, y se diría que yo los había cubierto con mi muestra de profesor de la Universidad. Seriais atacados por todos mis enemigos..... »

Y más abajo el autor del Ultramontanismo, lamentándose de no poder apoyarnos como deseadamos, nos hace el honor de añadir.

« Cuando la amistad y el aprecio que me inspirais no me lo ordenase (á obligaros á ello si me es posible) sería aún arrastrado á lo mismo por el talento tan cierto y variado del autor, del cual no he podido leer ni una sola página que no me haya parecido notable. En esto está el suceso como en vuestro concurso real..... »

Firmado E. QUINET.

Está visto, debemos exponerlo todo por parte de los enemigos de la verdad. Para responderles con

antelación, declaramos que el autor de los Misterios de la inquisición, así como nosotros, no ha tenido otro objeto que prevenir á su país contra los abusos á que puede arrastrarle el espíritu dominador del clero: abuso que, sino llegase á sumir la Francia en las desgracias de toda especie que han pesado por tanto tiempo sobre los españoles, podía al menos introducir en ella esas disensiones secretas, esas luchas intestinas, fruto de una educación limitada y mal dirigida, que son como la carcoma de los lazos sociales; que agriando poco á poco los espíritus, alejándolos los unos de los otros, preparan sus combates terribles de la inteligencia y de la materia, en que se destruyen la fuerza y la prosperidad de las naciones.

MANUEL DE CUENDIAS.